Toño Reyes del colegio, que la noche del *grito* asaltaba las verjas de las ventanas y peroraba discursos incendiarios, haciéndose bajar en brazos de la plebe, que en triunfo lo paseaba por las calles.

Toño iba y venía á lo largo de la pieza, y, de pronto, se golpeaba el pecho con los puños, y, en el colmo de la indignación, prorrumpía:

—El Gobierno debe crear una condecoración especial para premiar á estos valientes soldados. Todo un batallón destacado contra cuatro ó cinco diabluchos y media docena de pobres mujeres. ¿Andrés Pérez, de qué lado están el valor y el heroismo en esta lucha? ¿De qué lado están la cobardía y la infamia, Andrés Pérez?

Y seguía dando vueltas, y luego se me enfrentaba otra vez, retirándome la hoja de papel, para que mejor le escuchara.

—Pero ¿se han vuelto unos idiotas estos periodistas, que ni siquiera ponen un comentario al pie de la información seca de esta monstruosa hazaña? ¿Qué tienen tus compañeros, Andrés amigo.

—Hay un malecillo entre los periodistas, Antonio amigo, que se llama, en



términos decentes, miedo; pero como es un malecillo vergonzante, suele ocultársele bajo una máscara, y esta máscara es la de la imbecilidad, las más de las veces.

—Pero si son tan cobardes ellos también ¿entonces para que escriben, Dios del Cielo?

—¡Qué preguntas, Toño amigo... Pues escriben... para ganar dinero.

—Calumnias á muchos de tus compañeras, Andrés; hay escritores honorables que no escriben para eso.

—Sí, pero estos regularmente no son periodistas de profesión... Son iguales á ese pobre diablo de Serdán... género especial de cándidos, que escriben para podrirse en una prisión.

—¿Y tú no serías capaz de ser alguno de esos cándidos?

—Gracias, Toño, no fumo...

Me lanzó una mirada sañuda y sorprendida.

Naturalmente que el periodista de grandes alientos que yo había sido hasta aquel instante, quedaba perfectamente pulverizado. Comprendí que mi prestigio de revolucionario había rodado por los suelos.

Cuando acabé la lectura de los periódicos que Toño me llevó, le supliqué hiciera venir mi correspondencia, si alguna me había llegado.

En efecto, venían algunos números de "El Imparcial," Luz se acordaba de mí. Cuando Toño me vió desplegar un ejemplar, me preguntó con voz ronca y destemplada:

—¡Ah! ¿Tú lees, pues, "El Imparcial?

—Yo leo cuanto encuentro, Toño; es esta una costumbre deplorable si tu quieres; pero una costumbre que me acomoda á maravilla.

—Entonces tu charla de política de la otra noche, no ha sido más que una burda farsa; entonces lo que tu has pretendido ha sido sondear opiniones....

Toño me fulminó con una mirada preñada de desconfianza y de despecho.

Después volvió á hablar; pero yo seguí leyendo más atentamente que antes. Trasunté que de frase en frase se encolerizaba más, me llamó hasta espía y debió haberme dirigido insultos mayores. Pero como le conozco perfectamente proseguí impertérrito mi lectura.



De pronto no puedo detener la risa.

—Mira, Toño, acércate y lee. Ya te convencerás ahora de que no es tan mala mi costumbre de leerlo todo. Lee y regocíjate, Robespiere rusticano. Aquí tienes el magnífico *clou* de la hazaña de Puebla. Esta sóla frase vale un Potosí.

Le alargué "El Imparcial," señalándole los renglones que habían despertado mi hilaridad.

Toño leyó en voz alta: *Las armas nacionales se han cubierto de gloria.*

—Ya ves que remate tan bello, Toño.

—Pero esto no es asunto de risa, Andrés; esta frase es el cinismo y la canallada llevados á la altura de...de... no encuentro la frase...

—De lo sublime, por ejemplo, Toño.

—*Las armas nacionales se han cubierto de gloria.* Mentira, bellacos, no, no es el ejército nacional, es la soldadesca alquilada por los ladrones del poder, la que se ha cubierto de gloria.

—¡Justo! ¿Y quién te parece más propio para cantar esa gloria que "El Imparcial?"

Toño se humanizó al fin con esta salida y me otorgó una mirada de benevolencia. Pero eso mismo le hizo, en seguida, arrebatarme de las manos el diario y llevar á cabo un terrible auto de fé, que á él le trajo un acceso de tos y le echó fuera del cuarto, y á mí me hizo lanzarme de la cama á la ventana, para dar salida á los restos negruzcos y axfixiantes de mi "Imparcial."

Media hora después nos reunimos de nuevo en el comedor. Toño estaba silencioso y ostensiblemente deprimido; pero no habló una palabra más sobre el caso palpitante; callado, nos siguió en nuestra excursión matinal.

—Ahora viene Toño muy triste—hice observar á María.

—Es la primera vez, desde que usted está aquí; pero tiene días y hasta semanas enteras de un mutismo, angustioso verdaderamente.

—Tal vez su enfermedad...—me atrevo.

—Sí, eso es, eso es—me contesta ella en voz muy baja, y mirando de soslayo.

Luego hace una muequita de niña mimada que se siente con el derecho de que se la compadezca, de que se la quiera mucho.



¿Y desde cuando se ha vuelto así?—interrogo.

—Le diré..... yo lo conocí hasta que volvió del colegio; fuimos novios seis meses, luego nos casamos.... Y no tendríamos dos meses de casados, cuando comenzé á notarle estas ideas, estas genialidades y extravagancias que usted le ve.

El duro trotar de la cabalgadura de Toño nos hizo volver el rostro. Venía á nuestro alcance.

—Hace dos horas—me dijo con esa seriedad peculiar suya,—Aquiles Serdán no era siquiera un hombre para mí; hace dos horas que no puedo pensar sino en Aquiles Serdán, y que me siento muy triste. Explícame esto, Andrés.

Me sentí tentado á reir; pero apenas entre María y yo se cruzó una mirada, y me apresuré á contestarle:

—Toño amigo, debo advertirte que *tu caso* es asunto de alta psicología; pero debo también decirte que los sociólogos, psicólogos, astrólogos y demás yerbas de la familia, me producen un efecto emético absoluto.

María me festejó y casi me dió las gracias; pero á Toño no le cayó bien m

gracejo, y miróme con cierto aire de conmiseración humillante.

Fuímos á las tierras que se están volteando para las siembras de trigo. Toño habló largamente con Vicente el mayordomo: su tristeza parecía disipada ya por completo. Dos veces se apeó del caballo, una para arreglar el registro de una sembradora, y otra para enseñar á un peón novato la manera de tirar un surco en línea recta.

Pero, á nuestro regreso, se abstuvo de dirigirme la palabra, y cuando yo mismo le hablé; contestóme con una frase seca y corta.

Me cohibí.

María me preguntó, tras un lapso de silencio prolongado, que si la enfermedad de Toño su esposo sería de contagio.

Abrí los ojos, no encontrando la respuesta adecuada; pero ella, sonriendo, me dijo que observaba que ahora yo también habia enmudecido.

No sin torpeza me disculpé, asegurándole que los rayos cenitales me producían un abrumamiento cerebral, completo.

Ella volvió á reir y me dijo:



—No le haga usted caso: es extraordinariamente nervioso. Ya lo verá contento después.

---

Esa misma tarde le hablé á Toño así:

—Deseo regresar á México: he descansado lo suficiente para reparar mis fuerzas, y me siento con bríos para el trabajo.

—¿Te has fastidiado ya?—me interrogó con sencillez.

—Al contrario, voy profundamente agradecido por las atenciones tuyas y las de María. Son favores esos que sólo con mi gratitud puedo pagarles, Toño; pero comprende que todos debemos trabajar....

—¡Basta!—me detuvo—no me digas más. Quiero que seas menos reservado y hosco. Desgraciadamente así ha sido siempre tu carácter, y lo que te pido es imposible. Pero todo lo que hay es que tú y yo no nos podemos entender sobre ciertos asuntos; no hablemos, pues, más de política.

Y no me dejó replicar.

Me disponía á salir, cuando entró el mayordomo con unas cartas en la mano.

—Las traen dos gendarmes del Estado, y parece que esperan la contestación—dijo el mozo, y sus miradas se detuvieron con rara tenacidad sobre mí.

Toño dejó una carta sobre la mesa y abrió la otra. Observé que se demudaba á medida que leía, y juzgando inoportuna mi presencia, intenté salir; pero él, sin quitar los ojos de los renglones, alzó la mano, haciendo seña de que lo esperara.

Con la misma fijeza inquisitiva conque el mayordomo me había mirado, Toño volvió sus ojos hacia mí.

—Que pongan el bugy en seguida, y á los gendarmes que pueden retirarse—ordenó al mayordomo.

Luego que éste salió, Toño se acercó misteriosamente, y en voz muy baja me preguntó.

—¿Tienes algún pendiente con la *justicia*?

—Absolutamente ninguno.

—Pues mira, lee eso.

Me fuí de espaldas: una orden de aprehensión contra *"el llamado Andrés Pérez, quien, desde hace dos semanas, se encuentra en esa finca."*

—Te juro que no comprendo.....



—Entonces hay aquí un error; debe tratarse de un homónimo, De todas maneras necesito ir personalmente al pueblo á arreglar este asunto con el Director Político.

—No quisiera que te molestaras por esto; tengo plena seguridad de que es un error.

No obstante puede costarte un mal rato. Te ponen dos ó tres semanas en la cárcel, para despedirte, después, con un "usted dispense," que no te habría de saber á gloria, por cierto.

Ya iba á cerrar la cortina de su escritorio, cuando, dándose una palmada en la frente, levantó la carta olvidada allí, y la abrió con precipitación.

Dejó de leer y clavó su mirada penetrantísima sobre mí.

—Ja ja ja..... Esto excede á toda ponderación—prorrumpió riendo á carcajadas.

—¿Conque esas tenemos, Andrés amigo? ¿Conque usted se ha convertido en todo un terrible Pérez? ¿Conque Andrés Pérez es agente revolucionario de don Francisco I. Madero, y como tal ha sido denunciado? ¿Conque mi buen amigo Andrés viene á esta su casa nada me-

nos que á levantar gente en armas?-

Y Toño seguía riendo festivamente, y no reparaba en que yo me ponía descolorido y frío como un muerto.

---El asunto no es de risa, Toño, esto puede ser muy grave.

---¡Anda, hombre, si ahora me irás á convencer de que eres revolucionario, tú, el discretísimo, el selectísimo, el sapientísimo Andrés Pérez!

Juro que las bromas de Toño me parecieron del peor gusto. En otra ocasión las habría encontrado sencillamente imbéciles, ahora me ponían los nervios como cuerdas de piano viejo.

Mi actitud puso serio á Toño, y, ya en otro tono, me interrogó:

—Vamos á ver ¿qué significa esto, Andrés, explícame?

---Todo es mentira, es una calumnia estúpida....

---Bah, cabalmente por eso he comenzado por reirme, así lo creí primero, que no se trataría sino de algún bromazo que te quiere dar alguno que te sintió el pelo de punta.

---Es que en estos momentos un bromazo de esta naturaleza le puede costar



á uno el pellejo. Y sobre todo, esto no es una broma, es una venganza vil y miserable.

Y tuve necesidad de hacer notar á Toño que en esos momentos se desencadenaba una persecución terrible contra los maderistas de la República entera; tuve que recordarle mis rencillas con el jefe de redacción de "El Globo." Entonces Toño, mirándome otra vez con aquella extraña atención, me dijo muy seriamente:

—No será remoto que tengas razón, Andrés.

Largos minutos permanecimos en silencio: yo profundamente preocupado, y él buscando, seguramente, la solución á mi caso.

—¡Oh exclamó de pronto, es que ahora vamos á entrar en una era nueva, una etapa nueva; pero funesta para ellos. Los señores bandidos, Andrés, dejan de limitar su acción al pillaje, y ahora desenvainan los puñales. ¡Pero ya veremos, desgraciados! ¡Canallas!

—Ahora tendrán que habérselas con catorce millones de mexicanos que saben quienes son sus enemigos. ¡Bandidos, asesinos: México os conoce en cueros!

Excitadísimo otra vez, como se había puesto en la mañana, durante la lectura de la prensa, recorría el escritorio, lanzando las más candentes diatrivas al Gobierno. Unicamente que ahora ya mi actitud era diversa de la que guardé en la mañana: no pude sostener mi posición de divinidad india, ante quien los acontecimientos humanos son indignos de la atención más mínima. Confieso que ahora puede comprender á Toño Reyes á punto de llorar por la muerte de Aquiles Serdán.

——

—Creo que Toño no regresará hasta mañana-me dijo en la sala María, la noche está helada y este tiempo lo pone malo.

Yo no me atreví á insinuar nada á propósito del viaje de Toño á la ciudad, y María también se abstuvo de hacer alusión alguna. Pero algo trasuntaba, ó Toño se lo dijo todo, porque durante la hora de charla que sostuvimos sobre mil trivialidades, de vez en vez me lanzaba una mirada rápidamente inquisidora, igual á las miradas de Toño y de su mayordomo, en el escritorio. Peor aún, observé que



no pocas ocasiones abandonaba el tono ligero de la conversación, y á lo mejor espetaba alguna frase casi seria y hasta respetuosa para mí.

Sería deplorable, ciertamente, que yo fuera á resultar ahora todo un personaje de novela. A punto fijo no sé lo que María piensa de mí; pero mi edad no es por cierto lo que me da carácter ante ella; algo ha encontrado pues, para cambiar así. Lo lamento de todo corazón. Una mujer que deja su frivolidad es algo, para mí, que no sirve de nada: un juguete roto, un bibelot descabezado, un zentzontle sin laringe.

Menudeamos sendas tazas de café, esperando á Toño, y cuando al fin me despedí, seguro de que no regresaría, salí del comedor, bastante nervioso y excitado.

——

La noche fué de inquietud febril. Mi cabeza era una bataola de gendarmes, de rurales, de policía secreta; una porción de pensamientos é ideas inconexas y desparpajadas. Cuando fatigado creía, al fin, que me iba á rendir el sueño, el rumor más débil me despertaba de nuevo, en un

064498

grado mayor de hiperestesia. Todo se crecía desmesuradamente en mis oídos: el crugir de los goznes de mi ventana, empujada por una ráfaga de viento, el imperceptible extremecimiento de la madera del ropero, el cierzo que susurraba en las afueras, como un tenue y vagoroso lamento.

——

Al otro día, cerca de las nueve, estaba dentro del agua, cuando Toño penetró á mi cuarto.

—Todo está arreglado á satisfacción—me dijo.-Pero ahora eres mi prisionero, naturalmente. Tienen tu filiación todos los rurales, y si sales de los terrenos de "Esperanza" no puedo responder de tí. Es preferible, pues, y necesario, que, mientras pasa esto, permanezcas entre nosotros. Cosa de la que me regocijo cordialmente, Andrés, porque te tenemos para tiempo en tu casa.

—Gracias, Toño—repliquéle con aire de plena suficiencia;—pero este nubladillo no va á pasar de una ó dos semanas; el gobierno tiene fuerza suficiente para sofocar este estúpido movimiento revolucionario, y para que cesen estas persecuciones más estùpidas aún.



Toño se puso rojo, y lanzando una sonrisilla desdeñosa, contestóme;

—¿Un par de semanas para sofocar este movimiento? . . . .

Eindudablemente le retozaba la gana de hablar, porque hizo un esfuerzo verdadero para contenerse: solo se contentó con volverme á mirar con esa mirada escudriñadora que me va cargando, y con alargarme después el paquete de mi correspondencia.

Cuando me vestí, encontré entre los periòdicos de la semana una carta. ¡Una carta! ¡Oh sorpresa! Una carta de mi dulce amiga Luz. He sido injusto contigo, he sido cruel contigo, oh Luz, la de los brazos blancos. Te he juzgado como el asno puede juzgar al ruiseñor. Tu cartita desborda ingenuidad, cariño, pasión; toda tu alma frágil, tierna y delicada, se ha vaciado en estos rengloncitos chuecos, pletóricos de disparates . . . . Pero no soy injusto contigo, Luz, amada mía!. , . Porque, para haber sido denunciado como maderista, fué necesaria tu infidelidad precisamente con el hombre que más odio en el

mundo, con el finchado de mi jefe en "El Globo." Porque sólo tú, amiga mía, sabías que yo estaba en "Esperanza! ¡Pérfida!. . . .

---

Hoy quince de Enero, aniversario del natalicio de María.

—Veinte años cumplidos-me dice sonriendo, esta mañana.

Sus palabras tienen la diáfana sonoridad del cristal, y su rostro irradia la alegría de una mañanita fresca.

Rudo contraste el suyo al lado de este pálido Toño Reyes.

Como se esperan visitas para el medio día-amistades de las haciendas vecinas y de la Ciudad-María se ha engalanado, y desde sus diminutos choclos de altos tacones, hasta la gran castaña que corona su cabeza (trágica cabeza arrancada á las ilustraciones de un terrible cuentecito de Jean Lorrain), toda ella trema un perfume de coquetería incisiva.

Tendremos fiesta, pues, ahora, y, como es probable que la gente masculina fórme su cónclave para discutir la cuestión política de actualidad, yo me escabulliré en el momento propicio, y me defenderé al arrimo de las faldas de María, ó de alguna guapa amiguita suya. Porque, incuestionablemente, me viene mejor la tibia proximidad de una falda de seda, que las mal olientes é híspidas barbas de estos machos patriotas.



Es singular lo que ha ocurrido conmigo. Desde que vinieron los gendarmes del Estado en busca mía, mi situación se ha hecho verdaderamente peregrina. El rumor de que soy agente revolucionario de don Francisco I. Madero, ha cundido como mancha de aceite; y, desde el jayán más cerrado de meollo, hasta el mismo padre cura que viene á decir misa los días feriados, todos me asaltan á preguntas sobre la revolución, y no pocos me piden el santo y la seña de Pascual Orozco, de José de la Luz Blanco..... y del demonio.

Toño se destornilla de risa cuando me sorprende perorando á las buenas gentes; á efecto de desmoronar esta leyenda absurda que se me ha formado. El resultado de mis esfuerzos es inverso cabalmente del que me propongo: mis palabras y mi gesto se traducen como habilidad estra-

tégica para alejar á la policía, la que, al decir de Toño, me vigila muy de cerca.

Por lo demás, malos vientos corren: las dos semanas que "El Imparcial" y yo otorgamos á los *latrofacciosos* para dejarse despachurrar por don Porfirio, han transcurrido bien corridas, y la revolucion ¡en auge!

Entretanto, yo, agente revolucionario de don Pancho Madero, me crezco cada día un palmo, y es la hora en que me rodea una atmósfera extraña: mezcla de la veneración de algunos y del terror de los otros. Vicente, por ejemplo, el muchacho mayordomo que tan ásperamente acogió mi arribo á esta hacienda, y que después siguió mirándome con mal oculta prevención, ha verificado un cambio radical, y ahora se desvive por adivinarme el pensamiento, me muestra caluroso afecto, y hasta se ha ofrecido á acompañarme cuando quiera salir de "Esperanza" y tema de la gendarmería rural. Porque Vicente-él me lo ha dicho-se ríe de la gendarmería rural. Los escribientes, que antes apenas reparaban en mí, ó cuando menos fingían ignorarme, ahora me saludan con una sonrisilla de sobreentendido, se llevan la



mano á la oreja en actitud militar y me dicen: "buenos días, mi jefe." El llavero me tiene al corriente de los menores movimientos de la gendarmería, sin que yo haya procurado jamás tales noticias. Algunos compradores de ganado y cereales, que suelen venir de la ciudad, secretéanse con los empleados de esta finca, me miran y me remiran, me escudriñan, y al partir se despiden de mí con un apretón de manos tan expresivo que por un cuarto de hora me quedan pintados sus dedos. Diversa es la impresión, que en general los gañanes y sus mujeres tiene de mí. Les inspiro desconfianza ó terror inoculto. Ayer mismo, como me hubiese extraviado de la vereda de "Esperanza," al regresar de un paseo vespertino por la falda de la sierra, me encaminaba hacia un arroyo, donde unas mujeres llenaban sus cántaros de agua, á pedirles la buena direccción. En cuanto me vieron, echaron á correr, como almas que se lleva el diablo, hacia unas paredes viejas ensalitradas. No salía de mi asombro, cuando descubrí por encima de las viejas tapias, una cabeza marañuda, de ojos espantados, y luego el brillante cañón de una carabina.

Me quedé como muerto. Afortunadamente el viejo comprendió, por mi actitud, mis inofensivas intenciones, y apartó su mortífera arma.

—Dispense el patrón-me dijo,-pero está uno tan espantado con eso de la revolución, que todos andamos ya con el *Jesús en la boca.*

Quise entrar en explicaciones con él, pero se rehusó á escucharme. Díjome que ya sabía quien era yo y lo que andaba buscando, que, "por el amor de Dios y lo más sagrado de mi familia" no me acordara de él en la *leva*, que considerara que tenía mujer, hijos, su padre muy anciano... El hombrazo acabó con los ojos rasos de lágrimas.

Después he sabido que este sujeto, lo mismo que otros peones de las haciendas, tienen excavaciones muy ocultas en el piso de sus chozas, preparadas para esconderse cuando lleguen revolucionarios por acá.

¡Evidentemente qne los intelectuales y los parias coincidimos en nuestro horror á la guerra!

"Estaría de Dios", dice la gente fatalista del campo, cuando alguna desgracia



irreparable le abruma. "Estaría de Dios," me dije yo ahora, después del medio día, cuando inopinadamente, me encontré arrastrado á integrar el círculo de los temidos políticos, y á departir con ellos, mientras tomábamos el café.

Pero, para estos casos imposibles, tengo ya mi táctica especial.

Cuando tropiezo, por ejemplo, con algún *mi amigo*, que me es profundamente antipático ó sencillamente insoportable, y me veo constreñido en absoluto á llevar su compañía: una luneta contigua en el teatro, el asiento vecino en el tranvía, entonces lejos de mantenerme hosco y hostil, á la defensiva, procuro sacarle partido á la situación, divirtiéndome á costa de mi mismo: me acerco más aún á *mi amigo*, le doy conversación; hago porque sus palabras, sus gestos, y hasta sus acciones mismas, sean precisamente aquellas que menos puedo tolerarle: es decir imito al infeliz Mitus de Víctor Catalá, quien con una navajita enterrada en las carnes, volvía y revolvía, destrozaba, dislaceraba las fibrillas más sensibles, hasta acabar por encontrar la voluptosidad suprema en un espasmo de su propio dolor.

Animosamente, pues, antes de que nadie haya tocado la tecla terrible pronunció;

—¿Y de política qué saben los señores?

Un sujeto muy serio, afeitado totalmente, de cabeza gris, un poco robusto; pero no con la robustez petrea del hombre de campo, sino con esa gordura muelle y floja del laborante de gabinete, toma la palabra.

Le oigo hablar y voy anotando. Desde luego, por el tono de su voz, por la gravedad y aplomo conque emite sus dictados, saco en claro que este hombre no puede ser otro que el mentado dueño de "La Cruz Alta." Toño me ha hablado muchas veces de él, unas con grandes elogios, otras con manifiesto desdén "Don Octavio-me dijo hoy-es un bonito tipo, lo vas á conocer: ha leído mucho y sabe mucho; pero témome que sus opiniones sean sólo la resultante tóxico gaseosa de la indigestión de sus lecturas."

—La gravedad de la situación actual-dice don Octavio-se aumenta cada día con los desaciertos constantes del Gobierno, ¡Es inconprensible! El Gobierno, como



decía á ustedes en otra ocasión, se resiente de la senilidad, ó más bien dicho, decrepitud del Dictador. Estábamos ya acostumbrados á una dictadura suave, lógica, cuerda, tolerable bajo todos aspectos; pero el gobierno está cometiendo una serie entera de pecados mortales. La conferencia Crelman fué una colosal inocentada tal vez; pero la publicación de ese albañal, "El Debate," es un golpe que el Gobierno se asestó en pleno corazón, ¡Y un organismo normal, aunque sea viejo, no se suicida!

Don Octavio se calla, alisa su peinado impecable, reclina unas hebras lacias y limpias sobre su calvo temporal izquierdo.

"O todas estas gentes están locas, pienso, ó soy yo el único loco de esta casa. Porque, en efecto, todo el mundo, menos yo, conviene en que está *gravísima* la situación."

—Lo de Puebla ha sido horroroso-pronuncia Toño, encendidas las mejillas, y tose repetidas veces cual si hubiese dicho un discurso entero; después sus carrillos se apagan, quedando tan sólo el ligero rubor de unas pequeñas manchas: es tal vez la hora de la calentura.